

Creación e Historia

Eduardo J. Ortiz

Hace unos meses, al recensionar un libro de Antropología Teológica escrito por J.I. González Faus, expresaba mis dudas sobre la posibilidad de abordar al hombre desde la conceptualización tradicional.

Ahora Pedro Trigo, en su reciente obra titulada *Creación e Historia en el proceso de liberación* (Ed. Paulinas, 1988) lleva esta duda hasta sus últimas consecuencias y nos ofrece un tratado profundo, sugerente y original acerca de la problemática teológica de la creación desde una perspectiva latinoamericana.

CONTENIDO

Su punto de partida no es la Biblia, ni la historia de la teología, ni los documentos del magisterio eclesial sino "este valle de lágrimas" que Dios ni ha creado ni quiere que exista.

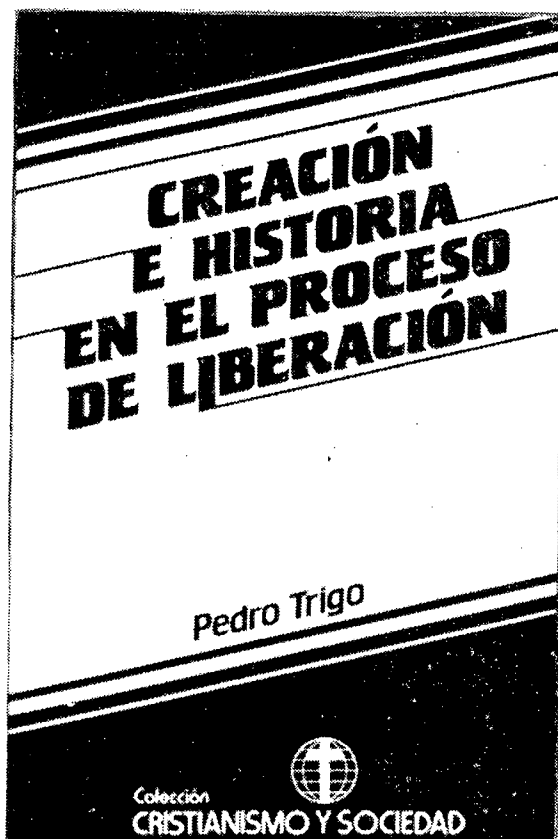
En sentido positivo el punto de partida sería "la experiencia de creación en América Latina". Una experiencia embrionaria que debe aún fortalecerse y tender hacia su plenitud en esta historia.

Por otra parte, como en todos los libros de esta colección, aparece ya en los primeros párrafos la profesión de fe del símbolo medellín-pueblano: "Decir que Dios es nuestro creador es proclamar la liberación de los pobres y que los desposeídos heredarán la tierra y que está llamado a constituirse en realidad un mundo donde habite la justicia".

La obra se puede dividir en dos mitades. La primera toca las cuestiones más fundamentales y se abre con un capítulo sobre la creación en la historia.

El punto de partida asumido provoca un juicio global negativo sobre el orden presente. "Para los griegos, la admiración era el principio de la filosofía. Nosotros, en América Latina, sentimos horror más que admiración".

Frente a este mundo en el que predomina la nada (opresión) sobre el ser (abundancia) caben tres posturas: consa-



garlo, blasfemar de él o transformarlo.

Esto último es lo que estamos llamados a realizar, ya que sólo desde algún modo de experiencia personal creativa adquiere sentido el lenguaje cristiano sobre la creación. En esta tarea es necesario avanzar tanto en lo individual como en lo comunitario, pues "no hay fe en la creación sin conversión". Ya que "es un error pensar que el hombre nuevo será un mero subproducto más o menos automático de las nuevas reglas de juego".

El segundo capítulo recorre el camino desde el horizonte caos-cosmos hacia la fe en la creación. Los detentores del poder quieren que formalicemos este horizonte como norte civilizado-sur bárbaro, oeste democrático-este totalitario, gente de orden-subversivo. Desde el otro lado se corre siempre el peligro de repetir el mismo esquema cambiándolo de signo.

Pero estas polarizaciones no describen la realidad de las cosas sino su estado distorsionado. En la realidad el bien (cosmos) es una dimensión transcenden-

te y el mal (caos) es un producto intrahistórico. Mientras caminamos hacia la plenitud nada ni nadie es únicamente bueno o únicamente malo.

De aquí fluye en el capítulo tercero la consideración del mal. Un obstáculo para la fe que no hay que banalizar. En último término "el ateísmo desde el sufrimiento del mal del mundo es más cristiano que la confesión de un Dios que es componible con ese mal o que se puede afirmar al margen de él".

Después de abandonar algunas teodiceas como insatisfactorias, Pedro Trigo termina por desconfiar de la pretensión misma de justificar a Dios, ya que "Dios no necesita que lo defiendan". Más bien ahora nos encontramos en "el tiempo de la paciencia de Dios; con ella Dios nos defiende a nosotros".

Además, en Jesús Dios sufre con el que sufre y da vida al asesinado. Siguiendo este ejemplo, "la única respuesta (al problema del mal) es

mandarnos Jesús a salvar al pueblo. Sólo los que cargan con el pecado del mundo pueden quitarlo."

Los tres capítulos siguientes desarrollan más en concreto algunas cuestiones colaterales -no necesariamente secundarias- en torno a la misma teología de la creación.

Allí se habla de la naturaleza, el Estado, el trabajo, la técnica, la vida, la persona como imagen de Dios.

En todas estas cuestiones -como es de esperar- se mantiene la perspectiva que invade todo el libro. La historia se transforma desde abajo. Es el hombre tradicional quien va a redimir al burgués. Aunque toda persona es imagen de Dios, los pobres son el lugar privilegiado donde El quiere manifestar su gloria.

EL AUTOR

Pedro Trigo exhorta a la creatividad y cumple con nosotros al entregarnos un libro verdaderamente creativo. En sus pá-

ginas condensa un enorme esfuerzo por repensar el meollo de la teología desde una perspectiva diferente y más vivencial.

Su lenguaje es en ocasiones de un gran vigor, más para ser declamado que para ser leído en la reclusión de un escritorio. Por lo general las palabras fluyen espon-táneas, abundantes y ajustadas.

El autor demuestra además una amplia cultura que supera la erudición para convertirse en un pensamiento global, sistemático, bien integrado y convincente.

En varios capítulos logra controlar con firmeza su tendencia a la elucubración solipsista, y se mantiene en un terreno accesible y directo, abierto a todo público.

Convencido de que toda teología tiene siempre algo de fundamental, en cuanto que aborda problemas que rebasan los límites de la misma teología, se enfrasca con frecuencia en sólidas reflexiones desde la perspectiva autónoma de las ciencias sociales. También en este terreno transparente una amplia gama de lecturas bien asimiladas.

Naturalmente nada es perfecto, y aunque lo fuera no siempre todo lector lo capta como tal.

En algunos fragmentos -sobre todo a partir del capítulo cuarto- el tono se enfría y disminuye el interés. Concretamente las consideraciones sobre la naturaleza resultan tan lejanas como las Geórgicas de Virgilio.

En las partes dedicadas a la Biblia todo cuadra demasiado bien. La multiplicidad de tradiciones existentes queda descrita rectilíneamente en una síntesis donde se resaltan los elementos que favorecen la propia interpretación, y los otros se silencian o se fuerzan un poco para que encajen.

De vez en cuando Pedro Trigo se pierde en unos recovecos escritos para el círculo estrecho de los iniciados. Los que se niegan a aceptar que lo profundo vaya unido con lo enrevesado pasarán por alto esa maraña hasta volver a encontrar camino limpio.

La originalidad tiene como contrapartida el dejar sin respuesta, incluso sin mención alguna, preguntas básicas que el cristiano corriente espera ver abordadas en un tratado sobre la creación. Trigo sale al paso de esta dificultad en la introducción, donde menciona otros libros que se detienen en esas cuestiones.

Por fin -ya lo avisaba el autor en la misma introducción- con frecuencia se tiene la impresión de estar leyendo lo mismo por mucho tiempo. Esto puede deberse al estilo concéntrico del tratamiento de los temas, que exige volver a tocar algunos aspectos desde múltiples perspectivas. Probablemente se deba también al talante prolijo y locuaz de quien escribe.

Quisiera añadir además algunos comentarios, no sé si alternativos o complementarios, que en todo caso más que diferencias objetivas reflejan las subjetividades diferentes desde las que inevitablemente se aborda toda cuestión que tenga que ver con la propia fe.

FE EN LA CREACION

¿A quién va dirigido el libro, al creyente o al ateo?

La pregunta parece innecesaria. Se podría suponer que la teología tiene siempre como destinatario único al creyente.

Sin embargo es también evidente que la teología de la liberación tiene pretensiones más universales. Y de hecho se puede gloriarse de haber despertado interés en personas y ambientes por lo general indiferentes y hasta hostiles al cristianismo.

En el tema de la creación la pregunta inicial cobra particular sentido ya que por muchos años, y hasta siglos, éste ha generado los debates más tensos entre la teología y la ciencia. Y aparentemente todas las batallas las ha ganado esta última.

Claro que ahora decimos que esas batallas estuvieron mal planteadas, y que en ellas se confundieron dos planos diferentes. Pero aún queda abierta la pregunta por el origen último de lo existente.

Hoy la dificultad de aceptar la solución cristiana no proviene tanto de las ciencias naturales cuanto de la propia experiencia. Este mundo parece bastante mal hecho, y el hombre -rey de la creación- da risa y lástima mientras destruye con una mano lo que construye con la otra. De ahí que algunos piensen que si lo hizo algún ser todopoderoso no estaba en su mejor día. Y además, que no parece importarles tampoco demasiado lo que hagamos con su invento.

Cada uno de los creyentes habrá encontrado la forma de resolver la dificultad si es que se atreve a plantearse.

Personalmente, la respuesta de Pedro Trigo no me satisface. El afirma repetida-

mente que "la única 'prueba' absoluta que poseemos de que el Padre de Jesús es el señor de la vida y, por lo tanto, el creador de todo, es la resurrección de Jesús". Me parece que la 'prueba' es aún más difícil de aceptar que lo 'probado'. Al menos el mundo lo tenemos ahí delante y no podemos eludir la pregunta por su causa, pero Cristo resucitado no es palpable.

Por supuesto que a quien cree en la resurrección no le resultará difícil aceptar la creación. Pero ése ya no necesita 'pruebas'. Al no creyente, en cambio, la afirmación de Pedro Trigo le resultará tan peregrina como escuchar que la prueba de que los elefantes vuelan es que las vacas tocan el violín.

Y volvemos así a la pregunta inicial: ¿a quién se dirige el autor? ¿Trata de convencer a los ya convencidos? ¿Da realmente respuesta a lo largo del libro a los cuestionamientos tan punzantes y desoladores con los que comienza? ¿supera en sus consideraciones sobre el mal los decepcionantes balbuceos tradicionales? ¿Estaremos después de todo el creyente y el ateo hundidos en el mismo sinsentido?

CALLAR DE DIOS

Incluso entre los creyentes existe hoy tal multiplicidad de sensibilidades que resulta prácticamente imposible dirigirse satisfactoriamente a todos ellos. Pedro Trigo en el fondo se dirige a los que viven en la diafanidad.

Se supone que toda teología debe hablar de Dios. Sin embargo un grupo considerable de cristianos siente cada vez mayor desconcierto cuando oye afirmar con toda seguridad cómo es Dios, qué hace, de qué lado está, qué le molesta y qué le contenta.

Por lo general no son del pueblo, es verdad, pero el pueblo nunca va a leer este libro y en cambio esos cristianos quizás sí.

Para ellos, conforme pasa la vida, todas estas cuestiones son cada vez más oscuras. Las ideas se les enredan cuando recuentan las numerosas imágenes de Dios diferentes y hasta contradictorias que les han ido inculcando, y las infinitas que les han querido inculcar sin éxito. Todas ellas, por supuesto, con algún fundamento bíblico,

Por eso les da cada vez más miedo la gente que habla con seguridad sobre Dios. Temen que se vaya a blandir el concepto

contra quienes piensan de modo diferente.

Supongo que esto no les debería preocupar demasiado. En realidad, basta con que la imagen que cada uno maneja sea compartida por un grupo para que pueda servir como instrumento de diálogo y, en el mejor de los casos, hasta de crecimiento personal.

Quizás su problema sea que cada vez oyen o leen menos sobre la no-imagen de Dios con la que viven. Aunque tienen la intuición de no estar solos en ese manotero que busca dónde agarrarse pero rechaza asideros falsos.

A ellos les gustan más esos místicos del ocaso de la Edad Media que, probablemente tan aturcidos como ellos por tanta "teolalia", propugnaron una moratoria de palabras.

Después de todo es posible que quienes abundan en palabras y en silencios descubran algún día que estaban igualmente equivocados. Pero al menos los segundos tendrán menos de que retractarse.

POPULISMO

De alguna manera en continuidad con lo anterior, llama la atención en el libro de Pedro Trigo su trasfondo de optimismo populista.

No es que falten estertores de agonía. Pero en las telenovelas la protagonista es la que más llora y, sin embargo, todo termina por salirle bien. Mientras que en la última película que hemos visto de Woody Allen ("Septiembre") nadie llora pero todas las vidas que allí se encuentran parecieran quedar al fin vacías y truncadas.

¿Cuál de las dos imágenes refleja mejor la realidad?

Pedro Trigo basa su confianza en un agente histórico -el pueblo- al que idealiza hasta el extremo. Creo que en este terreno confunde con frecuencia el "deber ser" y/o el "deseo que sean" con la realidad.

Manteniendo y reforzando la línea que asoma en varios de sus últimos artículos, piensa que el futuro, incluso a niveles socio-históricos, sólo germina en una determinada ubicación social. Los logros de la otra parte son sistemáticamente silenciados o menospreciados. La "cultura popular" y sus aditamentos corren así el peligro de convertirse en un fetiche. Concretamente los "barrios urbanos" se han con-

vertido para él últimamente en un sombrero de prestidigitador.

Queda también la duda a ratos de si en el diálogo entre la teología y las ciencias sociales se respeta siempre la autonomía de estas últimas, sin "bautizar" sus análisis con esquemas idealistas que de alguna manera prefiguran ya las conclusiones en el planteamiento mismo de las premisas. Dificultad siempre inherente a este tipo de diálogo interdisciplinar, y quizás insuperable.

Frente a una Iglesia que se creía neutral mientras reposaba en el regazo de los poderosos, la teología de la liberación tuvo la valentía y el acierto de resaltar las razones por las que se podía descubrir una presencia peculiar de Dios entre los pobres.

Pero toda intuición acertada, si se convierte en obsesiva, corre el peligro de radicalizarse hasta hacerse falsa.

Las guerras se han alimentado siempre de patriotismos irracionales. Sería lamentable que respondiéramos con los mismos modelos a los fanatismos oscurantistas de la ultraderecha. Al final quienes más perderían serían los "idolatrados" hijos del pueblo.

TERCER MUNDO

Lo que se ha dicho a nivel de clases sociales se atisba a ratos, aunque con menos vehemencia, a nivel internacional.

La teología de la liberación ha pasado por una inevitable crisis de adolescencia frente a los Estados Unidos y Europa. Ha necesitado renegar de ellos para que se percibiera su originalidad. Pero ya esa página debería estar pasada. Da vergüenza ajena leer todavía hoy, por ejemplo, que "América Latina es, tal vez, la única novedad histórica que ha parido el Occidente desde los tiempos modernos".

Quedan además restos de una enfermedad, crónica en la izquierda, consistente en echar la culpa de casi todo lo que nos pasa a los agentes exteriores.

Pedro Trigo se cuida por lo general de tropezar en ese escollo e insiste en que el mal está dentro de nosotros. La vieja conquista no habría tenido éxito sin el apoyo de los "naturales", y la nueva explotación encontraría barreras muy difíciles de superar si no contara con la quintacolumna del colonialismo interno.

Sin negar la responsabilidad que cabe al primer mundo por nuestra insuperable

situación de subdesarrollados, es preciso estimular hasta el máximo las capacidades internas de superación dramáticamente desaprovechadas, y dejar de alimentar esa autocomplacencia degenerante por la que cerramos los ojos ante nuestra propia responsabilidad por lo que nos pasa.

Sería demagógico, por ejemplo, hablar en nombre de la teología de la liberación sobre la deuda externa como si fuera exclusivamente un problema que nos tienen que resolver desde fuera, sin denunciar a quienes se endeudaron para robar, olvidando que también cuando no existía la deuda nos explotábamos unos a otros, y pidiendo una condonación que con toda seguridad no revertirá en una mejor redistribución interna.

La misma tendencia se está percibiendo ya en la alharaca sobre los quinientos años de la conquista en la que tantos, por una metamorfosis desempolvada para esa ocasión, sólo reconocen en sí, o se lo inventan, al descendiente del indio y el negro cerrando los ojos a lo que en su apellido, su cara, sus gestos y su actitud hay también de descendiente del conquistador.

El primer mundo es injusto al echarnos la culpa de nuestro subdesarrollo. Pero nos está devolviendo la misma moneda.



Nunca un artículo puede hacer plena justicia al contenido de un libro. Al menos en éste he tendido a resaltar lo que percibo de manera diferente, ya que no veo mucho sentido en repetir lo que diría igual. Son sin embargo muchas más las afirmaciones de Pedro Trigo con las que me siento identificado que aquéllas de las que tiendo a disentir.

Creo asimismo que, en mucho de lo dicho anteriormente, más que un debate entre lo acertado y lo desacertado se presentan dos maneras de ser y de pensar que probablemente tienen bastante de casi innato. Cada uno, según sus propias vivencias y simpatías, se colocará de un lado u otro, o inventará un tercero.

Porque, de cualquier forma, ningún comentario ahorra al lector el esfuerzo de recorrer su propio camino y entablar su propio debate.

Confío en que saldrá de él enriquecido.